EL YIHĀD. TEORÍA JURÍDICA Y PRAXIS EN EL MUNDO ISLÁMICO ACTUAL

Felipe Maillo Salgado
Universidad de Salamanca

I. APROXIMACIONES AL CONCEPTO Y A LA HISTORIA DEL YIHĀD

La palabra yihād significa «esfuerzo». Para algunos autores el término tiene un componente moral marcado, el verdadero esfuerzo, el «yihād mayor», sería el «yihād de las almas», que se opone al «yihād menor», esto es, al que se ha dado en llamar guerra santa, en realidad al-yihād fi sabili-llāh, el esfuerzo en la vía de Dios, o sea, la «guerra legal» prescrita por la ley. Jurídicamente, según la doctrina clásica y en la tradición histórica, el yihād consiste en la acción armada con vistas a la expansión del islam y, eventualmente, a su defensa.

Fue con las expediciones del Profeta desde Medina contra mequés y judíos cuando el concepto de yihād surgió de la propia revelación. Los juristas establecieron a partir de ciertas aleyas que la guerra únicamente legal (yihād) era la que se hacía contra los no musulmanes, y era una obligación de suficiencia para el conjunto de la comunidad musulmana, un deber colectivo (fard kifāya), cuyo cumplimiento por un número suficiente de musulmanes dispensa a los otros. Este deber podía convertirse en individual (fard ʿayn) para los habitantes musulmanes muy próximos a territorio enemigo, o en caso de ataque sorpresivo o asedio de su localidad.


2. «¡Combatid por Dios contra quienes combatan contra vosotros, pero no os excedáis. Dios no ama a los que se exceden. Matadles donde deis con ellos y expulsadles de donde os hayan expulsado...» Corín 2. 190-191
«Combatid contra quienes, habiendo recibido la Escritura, no creen en Dios ni en el último Día, ni prohiben lo que Dios y su enviado han prohibido, ni practican la religión verdadera, hasta que, humillados, paguen el tributo directamente!», Corín 9.29
«Combatid contra ellos hasta que dejen de inducir a apostatar y se rinda todo el culto a Dios», Corín 8.39
«...Dios no es responsable de los asociadores y su enviado tampoco... ¡Anuncia a los infieles un castigo doloroso!», Corín 9.3
«...¡Pero si violan sus juramentos después de haber cumplido una alianza y atacen vuestra religión, combatid contra los jefes de la incredulidad!», Corín 9.12
«...¡y combatid todos contra los asociadores como ellos también combaten contra vosotros! ¡Y sabed que Dios está con los que le temen», Corín 9.36
«¡Creyentes! ¡Combatid contra los infieles que tengáis cerca! ¡Que os encuentren duros! ¿Sabed que Dios está con los que le temen», Corín 9.123. (Citamos la traducción de J. Cortés)
Respecto a las «gentes del libro», esto es, cristianos y judíos, tienen la opción de aceptar el islam o someterse a los musulmanes a cambio de capitación (ṣiyāza) y de un impuesto sobre la tierra (jārāy), siendo admitidos en el seno de la sociedad musulmana con el estatuto inferior de protegidos (dimmies). «Para los paganos teoricamente, su alternativa era la conversión o la muerte —o bien ser sometidos a esclavitud— aunque, en la realidad, la imposibilidad absoluta de aplicar el rigor de la ley dio lugar a que mazdeistas e hindúes, así como miembros de otras religiones fueran asimilados a «gentes del Libro».

El ʿiḥād, según la teoría tradicional, es la única forma de guerra legal, ya que el verdadero islam no puede ser sino una comunidad unida bajo una autoridad única. Por tanto las guerras intestinas entre los musulmanes están prohibidas y son por completo ilegales. (Recuérdese que en la guerra Irán-Irak (1980-1988) se evitó hablar de ʿiḥād entre los contendientes, aunque a los caídos se les diera el título de mártires, como a los caídos en una guerra santa). Posteriore divergencias —ya entre los propios compañeros del Profeta— condujeron a la ruptura de la imama, de la comunidad islámica, desde la batalla del Camello (657), en la que se vio involucrada ʿAʿthā, mujer del Profeta, hasta el más serio encontranazo de los creyentes en ʿṢffīn (657), cuando se escindió la comunidad con la retirada de los jarīyīes, y la subsecuente toma de conciencia de su especificidad por parte de ʿṣīʿes y, posteriormente, de sunnīes. Principalmente, según la teoría y la práctica de los grupos minoritarios radicales de jarīyīes y ʿṣīʿes, se consideró que apóstatas y rebeldes eran sujetos del ʿiḥād llegando los primeros a perpetuar atroces actos de istiʿrād, matanza sin distinción, suprimiendo al reo de pecado o al oponente junto con sus mujeres e hijos. Los ʿṣīʿes por su parte —excepto los zaydīes que siguen en esto a los sunnīes— por más que en teoría no pudieran declarar el ʿiḥād, dada la ausencia del imám, no pocas veces dejaron de lado este principio y se comportaron como otros grupos radicales. (No hace falta recordar el terrorismo individual puesto a punto por los ismāʿīlīes, sobre todo en los siglos XI y XII).

Con todo, la doctrina sunnī mayoritaria utilizó el término ʿiḥād para las guerras defensivas y ofensivas contra los infieles, con los que se podían acordar treguas estratégicas temporales, jamás tratados de paz definitivos; puesto que el fin último es la islamización del mundo entero y, cuando otros medios pacíficos fallan, el ʿiḥād es la solución que se impone. Pues el ʿiḥād es obligatorio incluso si los infieles no comienzan las hostilidades4. (De todos modos la teoría del ʿiḥād no sólo impuso la solución militar, cualquier medio de coacción o persecución eran lícitos según las circunstancias —la guerra económica, la contrapropaganda, etc.)

No olvidemos que el objetivo del Estado en el islam es en teoría cumplir la voluntad de Dios y sustituir todos los poderes temporales a su autoridad. La finalidad del Estado islámico es establecer y difundir la verdadera religión entre los pueblos —lo cual es a la vez el cometido principal del califato— mientras que el del Estado moderno es el interés general5. De ahí que a las guerras entre los propios creyentes se las califique de qitāl o muqātala, lucha o guerra, y no de ʿiḥād.

Aunque hubo intentos en toda época de ampliar doctrinalmente y desplazar la noción de ʿiḥād, como sucede en la actualidad a veces en ciertas zonas, desde la lucha contra el infiel a la lucha contra el hereje o grupos heterodoxos —tal fue la idea de Ibn Taymiyya en As-Siyāsa as-Sarʿiyya (el gobierno según la ley divina), en el siglo XIV, de cuyas doctrinas se dicen seguidores los fundamentalistas más violentos hoy día— esta concepción de ʿiḥād nunca se impuso en épocas anteriores.

Es un hecho que la expansión territorial del islam en el siglo VII se realizó en esencia mediante el ʿiḥād. Su modelo histórico fueron las gerras de la Ridda (632-634), llevadas a cabo

---

4 TYAM, E. art. cit., p. 552.
por el califa Abū Bakr contra las tribus «apóstatas» de la península árabe, luego de la muerte del Profeta. Después, cuando se hubo establecido un imperio, su práctica decayó. Esto no quiere decir que grupos musulmanes dejaran radicalmente de practicarla. Hubo por así decir, según los lugares y las épocas mayor o menor intensificación de la práctica de la guerra legal. Sin el esfuerzo de los muḥāfīdīn o combatientes del yihād, o los llamados gazīs, «invasores», del área turca, difícilmente se explicaría la expansión almorávide en el Magreb y al-Andalus (s. XI); la invasión del subcontinente indio por Mahmūd de Gazna (998-1030); la conquista de Anatolia por los turcos seljuqíes (s. XI); las bases del imperio turco otomano en Europa; o los imperios negros de los pueblos de Sokoto en Nigeria bajo Osman dan Fodio (m. 1817) o de los tucúlcor de Senegal guiados por el Ḥāyy Umar (m. 1864), etc.  

Pero la realidad es que la llamada guerra santa, el yihād, salvo en ciertas regiones y épocas, no fue popular entre la mayoría de los musulmanes, poco dispuestos a inmolerse como mártires en la vía de Dios. Preferían ver desempeñar ese cometido a los ejércitos de los príncipes o pagar para que otros los defendieran, llegado el caso cristianos incluso como ocurrió con los almorávides y almohades, por más que Ibn Ruṣd, el abuelo de Averroes, llegara a mantener que en al-Andalus el yihād era preferible a la peregrinación. En al-Andalus frente a los cristianos del norte, o en la Siria de Nūr ad-Dīn (o en la de Ṣaḥāl ad-Dīn) frente a los cruzados, el pueblo se inhibía de ese cometido militar, dejando en manos de militares profesionales el realizarlo. Más claro no puede ser el testimonio de Ibn Ḥubayr, en su famosa Ṣaḥīla o relación de viaje a los Santos Lugares en el siglo XII, al pasar por el territorio siro-palestino, en parte bajo el dominio de los cruzados.

«Los cristianos en su territorio, hacen pagar a los musulmanes un impuesto y gozan de una seguridad extrema. También los mercaderes cristianos pagan en el territorio de los musulmanes por sus mercancías; hay acuerdo entre ellos y armonía en sus guerras; el pueblo permanece en paz, los bienes de este mundo son para quien vence. Ésta es la conducta de la gente de este país en sus guerras».

Esta actitud referida a al-Andalus fue un suicidio frente a los cristianos del norte peninsular, ya que al estar estos totalmente militarizados, sorteados el obstáculo de un ejército musulmán, la sociedad andalusí quedaba completamente inerme ante la eficacia bélica de los cristianos.

Pero este no es aquí nuestro objetivo, sino otro bien distinto que se refiere a los tiempos actuales. Sin embargo, cabe añadir en este apartado que, ya desde el siglo XI, ciertos sufies habían definido el yihād como un combate interior contra las pasiones y un etapa indispensable para acceder a la unión mística, oponiendo así este yihād mayor aquel otro menor, el de la lucha armada contra el infiel; no obstante esta opinión no logró extenderse ni prevalecer.
1. El martirio implicaba el sacrificio de la persona y de los bienes.
2. El deber de asistencia era obligatorio.
3. Los desertores debían ser perseguidos y la limosna legal (zakāt) había de ser recogida, incluso por la fuerza si era necesario, entre la gente acomodada.
4. Todos los aferrados a una postura contraria tenían que ser combatidos y sus bienes confiscados.
5. Los musulmanes que combatían al lado de los franceses eran apóstatas y debían ser ejecutados (sus mujeres e hijos no tenían por qué ser molestados ni pagar por ello).

A estos cinco principios se le añadió otro el 7 de junio de 1995, el jeque Bašír El-Ibrāhīmī prohibió a los combatientes la tortura, las mutilaciones, la muerte de mujeres, de viejos y niños, así como el incendio de las cosechas y la matanza de los animales domésticos.

Estos principios de corte jurídico-religioso muchas veces fueron violentados y sobrepasados. Pero sólo la antropología y el clima general de violencia permiten explicar prácticas como el degüello, las narices cortadas, la emasculación, etc.14

Al final de este conflicto y tras la plena liberación de Argelia en 1962 es cuando la teoría moderna radical del šīhād alcanzó formulación en la pluma del egipcio Sayyid Qutb, cuasi-refundador de los Hermanos Musulmanes —al menos en sus aspectos más violentos— un hombre de educación moderna licenciado en Literatura por la Universidad de El Cairo, en contacto directo con la civilización occidental durante dos años de estancia en Estados Unidos, de 1948 a 1950, y que pasó una década en prisión en su país, siendo ejecutado bajo la presidencia de Naser en 1966.15

En sus Jalonés del Camino, publicado en 1964, en el capítulo V-elaborado por lo menos un lustro antes y dado a conocer en cartas manuscritas— dedicado a «lucha por la causa divina», o sea, al šīhād, partiendo de la teoría de Mawdudí acerca de la nueva šāhīliyya (época antieslámica de indigencia espiritual) que contempla la modernidad en los países islámicos como nueva barbarie, condenándola por ser incompatible con el islam —habla de las ideas de algunos exégetas diciendo: «que no conservan de esta religión más que el título: ¡El islam no lucha sino para asegurar su defensa! Creen prestarle servicio quitándole así su propio papel, que es la abolición de todas las tiranías en la superficie de la tierra, la sumisión de los hombres al poder de Dios únicamente... Hay que establecer el reino de Dios en la tierra, abolir el de los hombres, quitar el poder de la mano de los agresores y entregarlo a Dios único, haciendo valer la suprema autoridad de la ley divina, y rechazando las leyes que los hombres han hecho. Todo esto, no puede realizarse por la simple predicación o la simple persuasión, porque los que se han apropiado del poder de Dios en la tierra para dominar a su prójimo... no renunciarán únicamente bajo la influencia de la predicación y de la persuasión... La defensa de la casa del Islam es un factor para hacer triunfar el reino de Dios, como punto de partida para la difusión por toda la tierra y hacia toda la humanidad. El género humano es el objeto de la religión musulmana, siendo la tierra entera su campo de acción... El islam tiene el derecho de liberar a los hombres de la sumisión de sus semejantes... hacen respetar el reino de Dios en el universo... reino que no puede ser establecido... en la vida real más que bajo la protección del régimen islámico, ya que es el único en el que Dios legisla para toda la gente sin excepción: gobernantes y gobernados, negros o blancos, lejanos o cercanos, pobres o ricos... y organiza los menores detalles de la vida cotidiana del hombre»...16

---

16 SAYYID QUTB, Ma’tālim fi ’-jarīq, ed. Centro Islámico de Granada bajo el título Las Normas en el Camino del Islam, Granada, 1987, pp. 77-78, 81, 102, 106 y 108.
Resumiendo, el pensamiento de Sayyid Qutb sobre el šīhād es el siguiente: Dado que el cambio por medios pacíficos de las sociedades «musulmanas» es casi imposible, en vista de los medios coercitivos y de los aparatos represivos del Estado, los verdaderos musulmanes no tienen más remedio que recurrir a la acción violenta, a fin de extender la ley divina y, una vez islamizado el dominio islámico, extenderla al resto del mundo, que ha de organizarse según esa ley, adaptable a todas las sociedades.

Después de la debacle de los árabes ante los israelíes en 1967 de la que el nacionalismo árabe no pudo recuperarse, seguidores y discípulos de Sayyid Qutb, echando mano del modelo propuesto por éste, elaboraron y perfeccionaron una teoría moderna del šīhād. Efectivamente, tanto el sirio Sa'id Hawwa, discípulo del fundamentalista egipcio, como el libanes Fazi Yakan17 infundieron elementos contemporáneos en la tipología tradicional, presentando una gama de posibles acciones desde el «šīhād por la mente» (reserva mental bajo una extrema coacción), hasta el «šīhād por las manos» (presión económica y política, insurgencia), pasando por el «šīhād por la palabra» (educación y propaganda). El recurso a la violencia se vuelve imperativo cuando no existe otro camino para desarraigarse de la Đar al-Islām, de territorio islámico, toda clase de extremistas, herejes, partidos infieles como los comunistas, así como a los panarabistas, laicistas, etc. Pero no sólo hay que luchar contra los individuos, es imprescindible también combatir a «Estado desviado de el islam, es decir, cuando el gobernante es injusto, moralmente depravado, emplea no musulmanes, o a musulmanes incompetentes en su administración, o finalmente, cuando no aplica la šari'a»18.

Hoy día los distintos grupos fundamentalistas radicales siguiendo estas teorías han optado por la violencia, aunque no se pongan de acuerdo en el papel del šīhād y diverjan en sus objetivos.

Hoy grupos, como el Grupo Islámico Armado (GIA) argelino, que se dedican a eliminar musulmanes o tratan de erradicar la presencia cristiana o judía de sus países. Otros, como la organización al-Qāʿida, combaten a los Estados Unidos o atacan intereses occidentales19. Todos tienen en común una visión musulmana internacionalista sin que importe la adscripción territorial, racial o étnica de los miembros, porque hacen hincapié en la umma, la comunidad de creyentes, sin identificarse con una nación o un territorio determinados, la umma es ya la de un mundo globalizado. Por tanto el šīhād se ha internacionalizado, como ha dicho Olivier Roy, el combatiente en la guerra santa va de šīhād en šīhād: Afganistán, Bosnia, Chechenia, Cachemira... Todos comparten un islam centrado en la aplicación de la šari'a, el rechazo de un espacio cultural autónomo, la vuelta individual a una práctica estricta de la religión, y una vida reglamentada por el código de lo lícito y de lo ilícito.

Si nos paramos a pensar, nos damos cuenta de que estas corrientes son tan viejas como el propio islam, por más que la disposición de los gobernantes y el derecho de revuelta sean desde el punto de vista de la teoría ajenos al sunnismo. (Recordemos que el andalusí at-Ṭurṭūsī, junto con al-Gazālī el jurista de mayor predicamento en el Islam del siglo XI, decía a este respecto que más valía un siglo de tiranía que un día de anarquía, pues ésta traía emparejada de modo ineludible guerras intestinas entre los musulmanes, la temida fitna). Las sectas extremistas jāriyyes consideraron el šīhād contra los demás musulmanes, falsos creyentes, casi como un fin en sí mismo20. También la Šī'a, que como minoría perseguida desarrolló una especie de «idealismo pesimista», no dejó de generar grupos que atacaron con mayor o menor fortuna a la auto-

---

18 Ibídem.
ridad establecida durante siglos (v.gr.: qarmatas, fātimíes, ismá'ílicos, etc.), puesto que consi-
deraron que todos los regímenes sunníes eran ilegítimos\textsuperscript{21}. Pero asimismo en medios sunníes —aunque los juristas sostuvieran que el Estado, habida cuenta su naturaleza humana y su co-
rolario de decadencia indefectible, era un mal necesario y legítimo— no se libraron histórica-
mente de estos movimientos radicales, más o menos heterodoxos. Los talibán afganos, por 
ejemplo, recuerdan a los almohades del Magreb y de al-Andalus medieval. Tribus pashtún hoy 
y tribus beréberes ayer, en uno y otro lugar, se unieron bajo la bandera de un personaje caris-
mático para imponer a la gente de las ciudades un islam rigorista basado en la šari‘a, en la ley 
musulmana. «La tarea que Sayyid Quṭb se asignó fue legitimar la revuelta en tanto que co-
rriente principal del pensamiento sunni» y, por tanto, proscribir la noción de fitna (sedición que 
porta cismas) tal como se había entendido siempre en el sunnismo.

Después de lo dicho, la cuestión que evidentemente se plantea es saber por qué los mo-
vimientos fundamentalistas se desarrollan hoy en medios de hecho modernizados, tanto en el 
Islam como entre grupos musulmanes que viven en Occidente.

Pero esto ya es un tema que se sale del marco propuesto en este trabajo.

Felipe Maíllo Salgado
Estudios Arabes e Islámicos
Facultad de Filología
Universidad de Salamanca
37008 Salamanca

\textsuperscript{21} Ib\textit{idem}, pp. 84, 118-119 y 189-190.